

daderamente infrecuente. Un trabajo de obligada consulta para los estudiosos de las relaciones entre el Cine y la Literatura.

University of Iceland

AITOR YRAOLA

CREACIÓN

Ismael Grasa. *De Madrid al cielo*. Barcelona, Anagrama, 1994, 136 pp.

De Madrid al cielo es una desconcertante autoescritura ficticia articulada en torno a unos días en la vida de Cayetano Zenón, ex cantante y guitarrista callejero y ahora tratante en muebles y libros usados o robados, que malvive en el corazón de la descorazonada capital de España. Esta breve novela se divide en dos «Cuadernos» de cinco y seis capítulos que rememoran los eventos que de repente desembocan en el bestial asesinato de Paula, una «gachí» heroínómana que tiene «dieciséis años y demasiada prisa» (30). La joven se había dejado chulear por un amigo de Zenón, «El Chule», para poder pagar su adicción y la casa de su madre, piso perteneciente al alcahuete. La belleza e infortunios de Paula despiertan la compasión del apático narrador cuya única reacción es ceder su apartamento al amigo rufián como lugar de citas para la «putilla» a cambio de las 50.000 pesetas que necesita para pagar el alquiler. El poder del dinero y descubrimiento del asesino dan un aire de novela policíaca a *De Madrid al cielo*, si bien la investigación dista mucho de tener en vilo al lector.

Al adentrarse en el libro, la inspiración posmoderna se va haciendo cada vez más patente, planteamiento que quizás sea su talón de Aquiles. Zenón se ha cortado con el mismo patrón que el protagonista de *El misterio de la cripta embrujada* y *El laberinto de las aceitunas* de Eduardo Mendoza, si bien carece de la gracia y efusión expresiva de su precursor barcelonés. Todos los personajes y parajes urbanos de *De Madrid al cielo* también tendrían perfecta cabida en la ficción de Juan Madrid. Además de estos modelos recientes, Grasa genera más heterogeneidad sisando recursos narrativos de un largo elenco de literatos conocidos por el uso de escenarios y criaturas matritenses. Las incesantes andanzas del ratero parcialmente desalojado ocasionan sucintas descripciones del lado oscuro de la urbe que, al apurarse, revelan los posos de un

costumbrismo decimonónico. Verbigracia, caricaturiza a los que frecuentan la Fílmoteca Nacional y lanza puyas a los homosexuales que acosan a los espectadores durante las proyecciones en el rehabilitado cine Doré. Las estampas de los heroinómanos de la Plaza de Santa Ana, una camarera de un Vips y un vendedor de pipas en el Retiro, junto con los ágiles esbozos de otros personajes secundarios —Honorio, un policía fumador que se muere de cáncer y Chulín, un anciano senil escapado de la vigilancia en la casa de su hijo médico— subrayan los estragos que la sociedad posindustrial causa en los madrileños, amén de originar un aura de naturalismo al estilo de Pardo Bazán. El bohemio alcohólico pasa por una serie de tabernas favoritas cuyas historias conoce al dedillo y cuyos dueños siempre le permiten beber a cuenta. Describe una borrachera con esta frase esperpéntica: «La realidad no sólo había perdido sus aristas sino que se mostraba cóncava ahí donde era convexa» (34). Al final, este pícaro aparentemente desprovisto de malas intenciones, y por tanto mal pícaro, describe una noche de amores con la mujer de Chule así: «Carmen se abrazó a mí. Pasé un poco de vergüenza porque no me había aseado ni cambiado de ropa en semanas» (121). La abulia de este ácrata fin de siglo, que en distintas ocasiones se declara republicano, socialista y anarquista, es del más rancio abolengo. En definitiva, tanta síntesis de géneros y discursos llama la atención, pero a mano de un narrador ratero, mina su credibilidad y dificulta la complicidad del lector.

El eclecticismo filosófico que Grasa intenta encarnar en su antihéroe también crea una cierta sensación de superficialidad. La inexorable marcha del tiempo es un *leitmotiv* obsesivo. El lector se harta de leer frases como ésta: «La vida es una cima que se alcanza muy pronto, y tras una breve plenitud te despiertas una mañana y descubres que vas para abajo, y que siempre irás para abajo...» (13). Las sentencias aforísticas de este filósofo en nombre resultan (¿intencionadamente?) ordinarias. Por ejemplo: «Madrid guarda rincones para todos los gustos. Madrid aguanta lo que le echen» (87). Consciente de su insignificancia y de los amagos de inseguridad que lo rodean, no entraña que Zenón mire constantemente al firmamento. Su existencia bohemia parece cimentarse en un vago fatalismo que hará que sus penalidades terrenales le salven porque: «Basta vivir en Madrid para subir al cielo» (48). Pero el cielo de Madrid no sonrío a nadie. Y tanta irónica machaconería de nimias ideas y creencias burdas acaba lloviendo sobre mojado.

De Madrid al cielo adolece de un estilo caótico que, como su protagonista, no obedece ninguna norma ni escritura, si bien despide destellos de brillantez. Desde el principio se advierte al lector que se adentra en una historia enmarañada y una psique confusa. Afirma Zenón: «Este relato bien podría haber empezado aquí, pero las cosas conviene tomarlas con carrerilla por si las moscas» (28), para a renglón seguido subrayar su poca fiabilidad: «La memoria es una metralleta canalla que a veces se encasilla...» (28). Sus recuerdos informan tanto como interrumpen un hilo narrativo que avanza a trompicones para llegar a un final abierto que deja al lector en el aire. Los lenguajes coloquial y hampesco de los personajes están muy acordes con su condición social y crean un innegable realismo lingüístico, base de unos diálogos y conversaciones sabrosos. Las concisas descripciones de Zenón generan imágenes conmovedoras no exentas de golpes de humor. Un ejemplo: «Subí por la calle Miguel Servet hacia arriba, o, mejor dicho, hacia arriba y también hacia los lados a causa del MG» (43). El guitarrista salpica su prosa con las letras de canciones y poemas infantiles, otro vestigio del costumbrismo que aligera la carga pesimista de la novela. Las disquisiciones de Zenón (se dirige a un «tú» que puede ser Chule, el lector o él mismo) se basan en una libre asociación y un fluir de conciencias que obvian las fuerzas claudicantes y paranoia de un hombre a la deriva que no tiene dónde caerse muerto.

Al abordar esta *ópera prima*, el lector nota enseguida que hace agua. Grasa permite que su narrador esponja moje su pluma en tantas fuentes que su obra nunca llega a dar fondo. Seguramente, Zenón logra desasosegar al lector, ya que en su autobiografía se desvirtúa a ojos vistas. Pero a menudo el ratero se transforma en un títere cuyos hilos conductores y filosóficos se enroscan. Uno acaba sin saber si debe tomarlo a guasa o en serio. Tal vez la salvación de esta novela sea que puede leerse como una peregrina parodia del legado literario del que surge Zenón, y que al mismo tiempo no deja de ser una crítica despiadada de una sociedad y una literatura especializadas en producir estos tipos de bribones. Curiosamente, *De Madrid al cielo* ya alcanzó la Gloria al quedar finalista en el XII Premio Herralde de Novela en 1994. No obstante, Grasa y sus editores se han confiado demasiado en que el lector, como el Madrid posmoderno, aguante lo que le echen.